EL RIO DE LAS VIDAS



Por Rodrigo Fresán

Si es cierto aquel *dictum* zen que asegura que "la vida es un río que fluye", entonces cabe pensar que a ese río van a dar todos los ríos de nombre poderoso que –lentos y constantes– acaban haciendo fluir la vida de nuestro planeta: Amazonas, Vlatva, Mississippi, Nilo, Támesis, Sena, Volga y, por supuesto, Danubio.

El catedrático de literatura germana Claudio Magris (Trieste) se valió del Danubio –del mismo modo en que Paul Theroux se vale de esos ríos de acero que son las vías– para empezar contando un viaje y acabar narrando multitudes de historias, de afluentes de esa Historia oceánica e inabarcable. El magnífico resultado fue el libro *El Danubio* (1986) comparado en su momento con el *Viaje sentimental* de Sterne, la *Rayuela* de Cortázar y perceptivamente definido por un crítico como "novela sumergida" portadora de una técnica y estética parecidas a las mixturas de W. G. Sebald.

En una entrevista con Marco Antonio Campos, Magris iluminaba los cómos y porqués de su relación con las aguas, con esa prosa líquida pero poderosa que marca a un libro convocador de fantasmas ahogados por los años y las corrientes como Kafka, Einstein y Céline, y con el Danubio: "Nos encontrábamos mi mujer y yo con unos amigos, no muy lejos de aquí, de Viena. Era septiembre de 1982. Estábamos por ir a Bratislava, donde aún se alzaba la Cortina de Hierro. Veíamos el Danubio brillar y centellar. No se sabía dónde comenzaban o terminaban el agua y la hierba. Era un momento de abandono y de amistad sosegada, cuando vimos de pronto una flecha con una señal: Museo del Danubio. Era extraño. Nos sentíamos como dos enamorados que se besan y descubren de pronto que forman parte de una exposición. Y me vinieron una duda y una pregunta: ¿Qué sucedería si siguiéramos hasta el mar Negro mirando lo que acaecía? Así comencé a hacer los pequeños cuadros, poco a poco, con dificultades, avanzando, retrocediendo. Y lo hice así, porque yo quería hacer el viaje zigzagueante, para que fuese también un viaje mental. Esas historias que hacen el tejido de nuestra vida. Ir acomodando también una suerte de mosaico. Como esa parábola de Borges del pintor que pinta un paisaje: crepúsculos, mares, bosques, para darse cuenta al fin de que sólo trazó su retrato. Eso era su modo de ver los paisajes. El río tiene mucho el sentido del tiempo: de la fugacidad y del olvido. Esa ola que borra, arrastra, destruye, lleva. Tiene la melancolía de la temporalidad".

No hace mucho, Magris escribió un artículo refiriéndose a las recientes y catastróficas crecidas de los ríos europeos. No escribió algo dramático o catastrófico o ecologista o cientificista. Magris –defensor de las aguas hasta el fin del mundo– recomendó sacar algo en limpio y renovar el concepto de que, en realidad, estamos de paso, pasamos, como los ríos.

El Danubio

Por Claudio Magris

1. Una placa

"Querido amigo:

El asesor de Venecia, Sr. Maurizio Cecconi, basándose en el proyecto adjunto, nos ha planteado la propuesta de organizar una exposición sobre el tema 'La arquitectura del viaje: historia y utopía de los hoteles'. La sede prevista es Venecia. Asumirían la financiación diferentes instituciones y organizaciones. Si usted se siente interesado por colaborar en ella..."

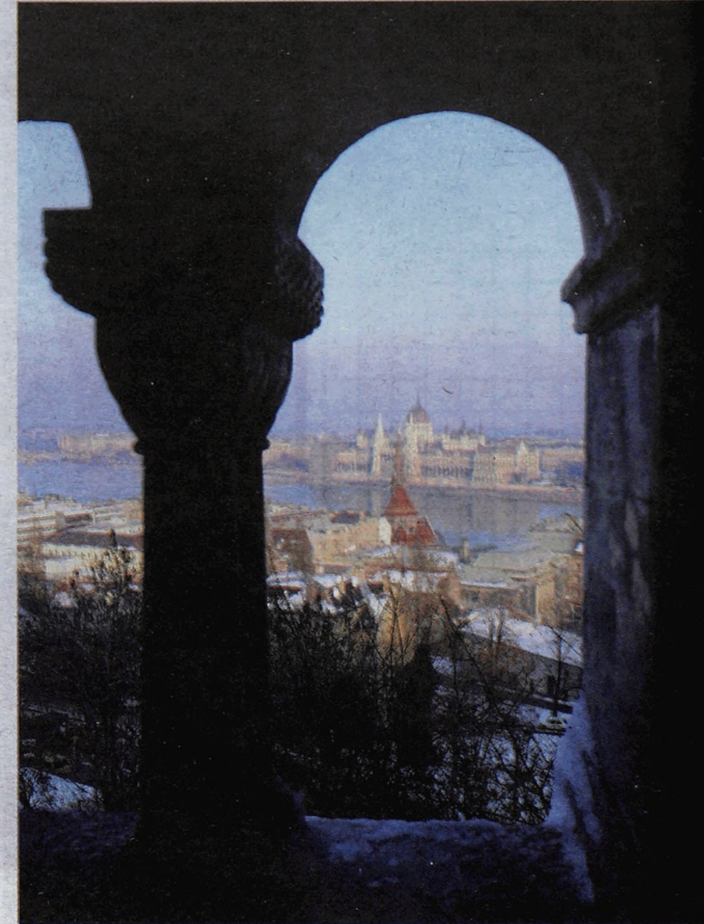
La calurosa invitación que llegó hace pocos días no se dirige a un destinatario preciso, no nombra a la persona o las personas a las que apostrofa con entusiasmo; la afectuosa iniciativa patrocinada por el Ente Público trasciende las individualidades concretas y abarca lo general, la humanidad o por lo menos a una amplia y fluida comunidad de cultos e inteligentes. El proyecto adjunto –redactado por profesores de las universidades de Tübingen y de Padua, articulado según una rigurosa lógica y acompañado de bibliografía– quiere llevar al orden inexorable del tratado la imprevisibilidad del viaje, la confusión y la dispersión de los caminos, el azar de las paradas, la incertidumbre de las noches, la asimetría de todos los recorridos. El esquema es el borrador de un estatuto de la vida, si es cierto que la existencia es un viaje, como suele decirse, y que pasamos por la tierra como invitados.

Lo cierto es que, en el mundo administrado y organizado a escala planetaria, la aventura y el misterio del viaje parecen acabados; los viajeros de Baudelaire, que partían a la búsqueda de lo inaudito y estaban dispuestos a naufragar durante el viaje, encuentran en lo ignoto, pese a cualquier desastre imprevisto, el mismo tedio que han dejado en casa. De todos modos, moverse es mejor que nada: se mira por la ventanilla del tren que se precipita en el paisaje, se ofrece la cara al escaso frescor que desciende de los árboles del paseo mientras uno se mezcla con la gente, y algo corre y pasa a través del cuerpo, el aire se mete dentro de la ropa, el yo se dilata y se contrae como una medusa, un poco de tinta sale del tintero y se diluye en un mar color tinta. Pero esta blanda relajación de los nexos, que sustituye el uniforme por un pijama, equivale sobre todo a la hora del recreo en el programa escolar, más que a la promesa de la gran disolución, del loco vuelo en que se supera el confín. Veleidades, decía Benn, incluso cuando se siente que el azul despiadado se abre bajo la realidad opinable. Demasiados agoreros complacidos y perentorios nos han enseñado que la cláusula "todo incluido" de las tarifas turísticas comprende también el viento que se levanta. Pero queda, por fortuna, la aventura de la clasificación y del diagrama, la seducción metodológica; el profesor de Tübingen contratado por el asesor, consciente de que la prosa del mundo amenaza a la odisea, a la experiencia concreta e irrepetible del individuo, se anima y cita en la página tres a Hegel, gran discípulo del seminario teológico de su ciudad, repitiendo con él que el método es la construcción de la experiencia.

Este banco de madera, que contempla la sutil línea del agua, invita a sentir simpatía por el sistemático proyecto, encontrado en el buzón poco antes de partir –simpatía por el pequeño arte de la fuga que se oculta bajo las arcadas de sus paisajes lógicos–. La madera huele bien, posee una sobriedad viril del Caballero del valle solitario, el Breg –¿o el Danubio?– es una cinta de bronce que corre parda y reluciente, y gracias a unas pocas manchas de nieve en el bosque la vida parece un día fresco y aireado, una promesa de cielo y de viento. Una feliz conjuración de las circunstancias y un benévolo relajamiento, favorecido también tal vez por la cordialidad de aquel "querido amigo", invitan a tener confianza en el mundo, y a aceptar incluso la síntesis, formulada con claras letras por el colega alemán en el programa veneciano, entre la Ciencia de la Lógica hegeliana y las categorías de los hoteles.

Resulta agradable que el viaje tenga una arquitectura y que sea posible aportar a ella alguna piedra, aunque el viajero parezca menos alguien que construye paisajes –tarea del sedentario– que alguien que los desmonta y los deshace, como el barón Von R. del que cuenta Hoffmann que viajaba por el mundo coleccionando panoramas y, cuando lo consideraba necesario para su placer o para crear un hermoso mirador, hacía talar árboles, desnudar ramas, aplanar las redondeces del terreno, abatir bosques enteros o demoler alquerías, si obstaculizaban una vista. Pero también la destrucción es una arquitectura, una deconstrucción que obedece a reglas y cálculos, un arte de descomponer y recomponer, o sea de crear otro orden: cuando una pared de hojarasca caía de repente, despejando la vista sobre las ruinas de un castillo lejano a la luz del crepúsculo, el barón Von R. se detenía algunos minutos para contemplar el espectáculo que él mismo había escenificado y luego se iba apresuradamente, para no regresar nunca más.

Cualquier experiencia es el resultado de un método tenaz, incluso la transparencia del crepúsculo lejano para el barón Von R. o el aire de nieve que llega a este banco de la Selva Negra. Es en la clasificaciones donde la vida revela su arrollador centelleo, en los protocolos que intentan catalogarla y ponen así en evidencia el irreductible residuo del misterio y del encanto. Por consiguiente, el esquema del proyecto de los dos expansivos estudiosos, articulado como el *Tractatus* de Wittgenstein (1.1, 1.2, 2.11, 2.12, etc.), permite vislumbrar, a través de las minúsculas rendijas entre un número y otro, las indefinidas peripecias del viajar: distingue

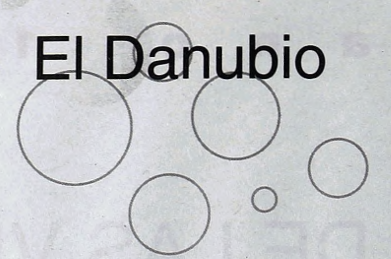


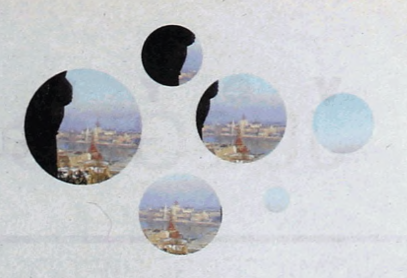
hoteles lujosos (*luxuriös*), burgueses, sencillos, populares, locales, portuarios, de excursión, campesinos, principescos, conventuales, de caridad, patricios, de corporaciones artesanas, de aduanas, de correos, de carreteros. Sólo las tablas de la ciencia saben poner adecuadamente de relieve el humorismo metafísico de los objetos y de los acontecimientos cotidianos, de sus conexiones y secuencias: en la sección E, dedicada a las *Escenas* –se entiende que las que pueden desarrollarse en los hoteles– se lee en determinado punto: "2.13. Erótica –cortejar– prostitución. 2.14 Ablución. 2.15. Dormitorios. 2.16. El despertador".

No sé en qué categoría de hotel entraría el de Neu-Eck, en la Selva Negra, a escasos kilómetros de este banco, en el que hace veintitrés años, delante de un posavasos de cerveza Fürstenberg, un círculo de cartón con una especie de dragón rojo en un campo de oro orlado de azul e incluido a su vez en un fondo rojo y blanco que giraba entre nuestras manos, se decidió mi vida. Partida y retorno, *le voyage pour connaître ma géographie*, como decía aquel loco de París. La placa, a pocos metros de este banco, indica la –¿una?– fuente del Danubio y señala incluso que se trata de la principal. Río de la melodía, lo llamaba Hölderlin cerca de sus fuentes; lenguaje profundo y oculto de los dioses, camino que unía Europa y Asia, Alemania y Grecia, a lo largo del cual la poesía y el verbo, en los tiempos del mito, habían ascendido para llevar el sentido del ser al occidente alemán. En las orillas del río, según Hölderlin, seguían estando los dioses: ocultos, incomprendidos por los hombres en la noche del exilio y de la escisión moderna, pero vivos y presentes; en el sueño de Alemania dormía, entorpecida por la prosa de la realidad pero destinada a despertar en un futuro utópico, la poesía del corazón, la liberación, la reconciliación.

El río lleva muchos nombres. Para algunos

El Danubio





Por Claudio Magris

1. Una placa

"Querido amigo:

El asesor de Venecia, Sr. Maurizio Cecconi, basándose en el proyecto adjunto, nos ha planteado la propuesta de organizar una exposición sobre el tema 'La arquitectura del viaje: historia y utopía de los hoteles'. La sede prevista es Venecia. Asumirían la financiación diferentes instituciones y organizaciones. Si usted se siente interesado por colaborar en ella..."

La calurosa invitación que llegó hace pocos días no se dirige a un destinatario preciso, no nombra a la persona o las personas a las que apostrofa con entusiasmo; la afectuosa iniciativa patrocinada por el Ente Público trasciende las individualidades concretas y abarca lo general, la humanidad o por lo menos a una amplia y fluida comunidad de cultos e inteligentes. El proyecto adjunto –redactado por profesores de las universidades de Tübingen y de Padua, articulado según una rigurosa lógica y acompañado de bibliografía– quiere llevar al orden inexorable del tratado la imprevisibilidad del viaje, la confusión y la dispersión de los caminos, el azar de las paradas, la incertidumbre de las noches, la asimetría de todos los recorridos. El esquema es el borrador de un estatuto de la vida, si es cierto que la existencia es un viaje, como suele decirse, y que pasamos por la tierra como invitados.

Lo cierto es que, en el mundo administrado y organizado a escala planetaria, la aventura y el misterio del viaje parecen acabados; los viajeros de Baudelaire, que partían a la búsqueda de lo inaudito y estaban dispuestos a naufragar durante el viaje, encuentran en lo ignoto, pese a cualquier desastre imprevisto, el mismo tedio que han dejado en casa. De todos modos, moverse es mejor que nada: se mira por la ventanilla del tren que se precipita en el paisaje, se ofrece la cara al escaso frescor que desciende de los árboles del paseo mientras uno se mezcla con la gente, y algo corre y pasa a través del cuerpo, el aire se mete dentro de la ropa, el yo se dilata y se contrae como una medusa, un poco de tinta sale del tintero y se diluye en un mar color tinta. Pero esta blanda relajación de los nexos, que sustituye el uniforme por un pijama, equivale sobre todo a la hora del recreo en el programa escolar, más que a la promesa de la gran disolución, del loco vuelo en que se supera el confín. Veleidades, decía Benn, incluso cuando se siente que el azul despiadado se abre bajo la realidad opinable. Demasiados agoreros complacidos y perentorios nos han enseñado que la cláusula "todo incluido" de las tarifas turísticas comprende también el viento que se levanta. Pero queda, por fortuna, la aventura de la clasificación y del diagrama, la seducción metodológica; el profesor de Tübingen contratado por el asesor, consciente de que la prosa del mundo amenaza a la odisea, a la experiencia concreta e irrepetible del individuo, se anima y cita en la página tres a Hegel, gran discípulo del seminario teológico de su ciudad, repitiendo con él que el método es la construcción de la experiencia.

Este banco de madera, que contempla la sutil línea del agua, invita a sentir simpatía por el sistemático proyecto, encontrado en el buzón poco antes de partir –simpatía por el pequeño arte de la fuga que se oculta bajo las arcadas de sus paisajes lógicos–. La madera huele bien, posee una sobriedad viril del Caballero del valle solitario, el Breg –¿o el Danubio?– es una cinta de bronce que corre parda y reluciente, y gracias a unas pocas manchas de nieve en el bosque la vida parece un día fresco y aireado, una promesa de cielo y de viento. Una feliz conjuración de las circunstancias y un benévolo relajamiento, favorecido también tal vez por la cordialidad de aquel "querido amigo", invitan a tener confianza en el mundo, y a aceptar incluso la síntesis, formulada con claras letras por el colega alemán en el programa veneciano, entre la Ciencia de la Lógica hegeliana y las categorías de los hoteles.

Resulta agradable que el viaje tenga una arquitectura y que sea posible aportar a ella alguna piedra, aunque el viajero parezca menos alguien que construye paisajes –tarea del sedentario– que alguien que los desmonta y los deshace, como el barón Von R. del que cuenta Hoffmann que viajaba por el mundo coleccionando panoramas y, cuando lo consideraba necesario para su placer o para crear un hermoso mirador, hacía talar árboles, desnudar ramas, aplanar las redondeces del terreno, abatir bosques enteros o demoler alquerías, si obstaculizaban una vista. Pero también la destrucción es una arquitectura, una deconstrucción que obedece a reglas y cálculos, un arte de descomponer y recomponer, o sea de crear otro orden: cuando una pared de hojarasca caía de repente, despejando la vista sobre las ruinas de un castillo lejano a la luz del crepúsculo, el barón Von R. se detenía algunos minutos para contemplar el espectáculo que él mismo había escenificado y luego se iba apresuradamente, para no regresar nunca más.

Cualquier experiencia es el resultado de un método tenaz, incluso la transparencia del crepúsculo lejano para el barón Von R. o el aire de nieve que llega a este banco de la Selva Negra. Es en la clasificaciones donde la vida revela su arrollador centelleo, en los protocolos que intentan catalogarla y ponen así en evidencia el irreductible residuo del misterio y del encanto. Por consiguiente, el esquema del proyecto de los dos expansivos estudiosos, articulado como el *Tractatus* de Wittgenstein (1.1, 1.2, 2.11, 2.12, etc.), permite vislumbrar, a través de las minúsculas rendijas entre un número y otro, las indefinidas peripecias del viajar: distingue hoteles lujosos (*luxuriös*), burgueses, sencillos, populares, locales, portuarios, de excursión, campesinos, principescos, conventuales, de caridad, patricios, de corporaciones artesanas, de aduanas, de correos, de carreteros. Sólo las tablas de la ciencia saben poner adecuadamente de relieve el humorismo metafísico de los objetos y de los acontecimientos cotidianos, de sus conexiones y secuencias: en la sección E, dedicada a las *Escenas* –se entiende que las que pueden desarrollarse en los hoteles– se lee en determinado punto: "2.13. Erótica –cortejar– prostitución. 2.14 Ablución. 2.15. Dormitorios. 2.16. El despertador".

No sé en qué categoría de hotel entraría el de Neu-Eck, en la Selva Negra, a escasos kilómetros de este banco, en el que hace veintitrés años, delante de un posavasos de cerveza Fürstenberg, un círculo de cartón con una especie de dragón rojo en un campo de oro orlado de azul e incluido a su vez en un fondo rojo y blanco que giraba entre nuestras manos, se decidió mi vida. Partida y retorno, *le voyage pour connaître ma géographie*, como decía aquel loco de París. La placa, a pocos metros de este banco, indica la –¿una?– fuente del Danubio y señala incluso que se trata de la principal. Río de la melodía, lo llamaba Hölderlin cerca de sus fuentes; lenguaje profundo y oculto de los dioses, camino que unía Europa y Asia, Alemania y Grecia, a lo largo del cual la poesía y el verbo; en los tiempos del mito, habían ascendido para llevar el sentido del ser al occidente alemán. En las orillas del río, según Hölderlin, seguían estando los dioses: ocultos, incomprendidos por los hombres en la noche del exilio y de la escisión moderna, pero vivos y presentes; en el sueño de Alemania dormía, entorpecida por la prosa de la realidad pero destinada a despertar en un futuro utópico, la poesía del corazón, la liberación, la reconciliación.

El río lleva muchos nombres. Para algunos pueblos, Danubio e Istro indicaban respectivamente el curso superior y el inferior, pero a veces también el curso entero: Plinio, Estrabón y Ptolomeo se preguntaban dónde terminaba uno y comenzaba el otro, tal vez en Iliria o en las Puertas de Hierro. El río "bisnominis", como le llamaba Ovidio, arrastra a la civilización alemana, con su sueño de la odisea del espíritu que regresa a casa, hacia Oriente, y la mezcla con otras civilizaciones, a través de las muchas metamorfosis mestizas en las cuales su historia encuentra su realización y su caída. El germanista, que viaja de forma intermitente, cuando y como puede, a lo largo de todo el curso del río que mantiene unido su mundo, se lleva consigo su bagaje de citas y de manías; si el poeta se confía al barco ebrio, su suplente intenta seguir el consejo de Jean Paul, que sugería recoger y anotar por la calle imágenes, antiguos prefacios, billetes de teatro, charlas en la estación, poemas y batallas, epitafios, metafísicas, recortes de periódicos, anuncios de las fondas y parroquias. *Souvenirs, impresiones, pensées et paysages pendant un voyage en Orient*, dice el título de Lamartine. ¿Impresiones y pensamientos de quién? Cuando se viaja a solas, como sucede con demasiada frecuencia, hay que pagar del propio bolsillo, pero en ocasiones la vida es buena y permite viajar y ver mundo, aunque sólo sea a retazos y por poco tiempo, con los cuatro o cinco amigos que declararán en nuestro favor el día del Juicio, hablando en nuestro nombre.

Entre un viaje y otro, al volver a casa, se intenta extender las hinchadas carpetas de apuntes sobre la plana superficie del papel, trasladar plicas, cuadernos, folletos y catálogos a hojas escritas a máquina. La literatura como mudanza; como en todas las mudanzas, algo se pierde y algo reaparece en los estantes olvidados. A decir verdad, casi caminamos como huérfanos, dice Hölderlin en el poema *En las fuentes del Danubio* –el río corre y brilla bajo el sol como el fluir de la vida, pero el sentido que reluce es una ilusión óptica de la mirada deslumbrada que ve en el muro manchas luminosas inexistentes, esplendor en el neón de la desaparición, seducción de la apariencia, tapas ilustradas.

La reverberación de la nada enciende las cosas, las latas abandonadas en la playa y los cristales reflectores de los coches, del mismo modo que el crepúsculo incendia las ventanas. El río no posee totalidad y viajar es inmoral, decía Weininger mientras viajaba. Pero el río es un viejo maestro taoísta, que a lo largo de sus orillas da clases sobre la gran rueda y sobre los intersticios entre sus radios. En cada viaje existe por lo menos un fragmento de sur, horas tranquilas, abandono, fluir de la ola. Sin preocuparse por los huérfanos de sus orillas, el Danubio corre hacia el mar, hacia la gran persuasión.

2. Donaueschingen contra Furtwangen

Aquí nace el brazo principal del Danubio, dice aquella placa junto a la fuente del Breg. Pese a esta declaración lapidaria, el plurisecular debate sobre las fuentes del Danubio sigue todavía candente y es incluso responsable de animadas discusiones entre las ciudades de Furtwangen y Donaueschingen. Para complicar las cosas se ha añadido recientemente, además, la atrevida hipótesis sostenida por Amedeo, apreciado sedimentólogo y secreto historiógrafo de errores, según la cual el Danubio nace de un grifo. Sin pretender resumir la milenaria bibliografía sobre el tema, que va desde Hecateo, el predecesor de Herodoto, hasta los fascículos de la revista *Merian* en los quioscos, baste recordar las épocas para las cuales el Danubio tenía unas fuentes tan desconocidas como el Nilo, en cuyas aguas por otra parte se refleja y se confunde, si no *in re*, sí por lo menos *in verbis*, por las comparaciones y paralelismos entre los dos ríos, que se han sucedido durante siglos en los comentarios de los doctos.

Hacia esas fuentes se han dirigido las investigaciones y las conjeturas o las noticias de Herodoto, Estrabón, César, Plinio, Ptolomeo, el Pseudo-Symmos, Séneca, Mela, Eratóstenes; se supone o se indica que las fuentes están en la Selva Ercinia, junto a los hiperbóreos, en Pirene, en el país de los celtas o de los escitas, en el monte Abnoba, en la tierra Hesperia, mientras otras hipótesis aluden a la bifurcación del río, a un brazo que desemboca en el Adriático y a divergentes descripciones de las bocas en el mar Negro. Si de la historia o del mito, que afirma que los Argonautas descendieron a lo largo del Danubio hasta el Adriático, pasamos a las eras prehistóricas, la identificación se tambalea y se pierde en lo gigantesco, en una fragorosa instalación de lo monstruoso en una geografía titánica: el *Urdonau* en el Oberland de Berna, con sus fuentes en el lugar de los actuales picos de la Jungfrau y del Eiger, el Danubio primordial al que afluían el Ur-Rhin, el Ur-Neckar y el Ur-Main, y que a mediados del Terciario, en el Eoceno, entre sesenta y veinte millones de años atrás, desembocaba más o menos donde hoy se encuentra Viena, en un golfo de Tetis, la madre oceánica originaria, en el mar sarmático que cubría toda la Europa sudoriental.

Poco sensible a lo arcaico y a sus prefijos indogermánicos, Amedeo olvida el Urdonau y se apunta más bien a la actual disputa entre Furtwangen y Donaueschingen, dos pueblos de la Selva Negra a treinta y cinco kilómetros de distancia. Como es sabido, las fuentes del Danubio se hallan oficialmente en Donaueschingen, cuyos habitantes garantizan su originalidad y autenticidad en el sentido legal del término. Desde los tiempos del emperador Tiberio, el pequeño manantial que brotaba de la colina era celebrado como el origen del Danubio y en Donaueschingen, además, se encuentran los dos ríos, el Breg y el Brigach, cuya confluencia constituye (según la opinión popular, confirmada por las guías turísticas, por las oficinas públicas y por los proverbios populares) el inicio del Danubio. El *incipit* del río que crea y abraza la Mitteleuropa es parte integrante de la antigua residencia principesca, junto con el castillo de los Fürstenberg, con la biblioteca de la corte en la que se encuentran los manuscritos de la *Canción de los Nibelungos* y del *Parsifal*, con la cerveza que también lleva el nombre de los príncipes del lugar y con los festivales musicales que consagraron la fama de Hindemitch.

"Hier entspringt die Donau", aquí nace el Danubio, dice la placa del parque de los Fürstenberg en Donaueschingen. Pero la otra placa, que el doctor Ludwig Öhrlein ha hecho colocar en las fuentes del Breg, precisa que ésta, de todas las fuentes del río competidoras, es la más lejana al delta del mar Negro, del que dista 2888 kilómetros –48,5 más que Donaueschingen–. El doctor Öhrlein, propietario del terreno en el que brota el Breg, a pocos kilómetros de Furtwangen, ha emprendido una batalla a base de papel timbrado y certificados contra Donaueschingen. Se trata de una pequeña y tardía repercusión de la Revolución Francesa en la atrasada "miseria alemana", el burgués dedicado a las profesiones liberales y pequeño propietario que se alza contra la nobleza feudal y sus blasones. Los buenos burgueses de Furtwangen han cerrado las filas como un solo hombre en torno del doctor Öhrlein y todos recuerdan el día en que el alcalde de Furtwangen, seguido de un tropel de conciudadanos, arrojó con desprecio en la fuente de Donaueschingen una botella de aguas del Breg. ●





pueblos, Danubio e Istro indicaban respectivamente el curso superior y el inferior, pero a veces también el curso entero: Plinio, Estrabón y Ptolomeo se preguntaban dónde terminaba uno y comenzaba el otro, tal vez en Iliria o en las Puertas de Hierro. El río "bisnominis", como le llamaba Ovidio, arrastra a la civilización alemana, con su sueño de la odisea del espíritu que regresa a casa, hacia Oriente, y la mezcla con otras civilizaciones, a través de las muchas metamorfosis mestizas en las cuales su historia encuentra su realización y su caída. El germanista, que viaja de forma intermitente, cuando y como puede, a lo largo de todo el curso del río que mantiene unido su mundo, se lleva consigo su bagaje de citas y de manías; si el poeta se confía al barco ebrio, su suplente intenta seguir el consejo de Jean Paul, que sugería recoger y anotar por la calle imágenes, antiguos prefacios, billetes de teatro, charlas en la estación, poemas y batallas, epitafios, metafísicas, recortes de periódicos, anuncios de las fondas y parroquias. *Souvenirs, impresiones, pensées et paysages pendant un voyage en Orient*, dice el título de Lamartine. ¿Impresiones y pensamientos de quién? Cuando se viaja a solas, como sucede con demasiada frecuencia, hay que pagar del propio bolsillo, pero en ocasiones la vida es buena y permite viajar y ver mundo, aunque sólo sea a retazos y por poco tiempo, con los cuatro o cinco amigos que declararán en nuestro favor el día del Juicio, hablando en nuestro nombre.

Entre un viaje y otro, al volver a casa, se intenta extender las hinchadas carpetas de apuntes sobre la plana superficie del papel, trasladar plicas, cuadernos, folletos y catálogos a hojas escritas a máquina. La literatura como mudanza; como en todas las mudanzas, algo se pierde y algo reaparece en los estantes olvidados. A decir verdad, casi caminamos como huérfanos, dice Hölderlin en el poema *En las fuentes del Danubio* –el río corre y brilla bajo el sol como el fluir de la vida, pero el sentido que reluce es una ilusión óptica de la mirada deslumbrada que ve en el muro manchas luminosas inexistentes, esplendor en el neón de la desaparición, seducción de la apariencia, tapas ilustradas.

La reverberación de la nada enciende las cosas, las latas abandonadas en la playa y los cristales reflectores de los coches, del mismo modo que el crepúsculo incendia las ventanas. El río no posee totalidad y viajar es inmoral, decía Weininger mientras viajaba. Pero el río es un viejo maestro taoísta, que a lo largo de sus orillas da clases sobre la gran rueda y sobre los intersticios entre sus radios. En cada viaje existe por lo menos un fragmento de sur, horas tranquilas, abandono, fluir de la ola. Sin preocuparse por los huérfanos de sus orillas, el Danubio corre hacia el mar, hacia la gran persuasión.

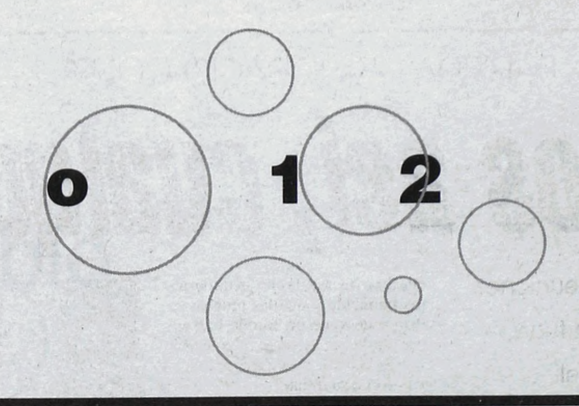
2. Donaueschingen contra Furtwangen

Aquí nace el brazo principal del Danubio, dice aquella placa junto a la fuente del Breg. Pese a esta declaración lapidaria, el plurisecular debate sobre las fuentes del Danubio sigue todavía candente y es incluso responsable de animadas discusiones entre las ciudades de Furtwangen y Donaueschingen. Para complicar las cosas se ha añadido recientemente, además, la atrevida hipótesis sostenida por Amedeo, apreciado sedimentólogo y secreto historiógrafo de errores, según la cual el Danubio nace de un grifo. Sin pretender resumir la milenaria bibliografía sobre el tema, que va desde Hecateo, el predecesor de Herodoto, hasta los fascículos de la revista *Merian* en los quioscos, baste recordar las épocas para las cuales el Danubio tenía unas fuentes tan desconocidas como el Nilo, en cuyas aguas por otra parte se refleja y se confunde, si no *in re*, sí por lo menos *in verbis*, por las comparaciones y paralelismos entre los dos ríos, que se han sucedido durante siglos en los comentarios de los doctos.

Hacia esas fuentes se han dirigido las investigaciones y las conjeturas o las noticias de Herodoto, Estrabón, César, Plinio, Ptolomeo, el Pseudo-Symmos, Séneca, Mela, Eratóstenes; se supone o se indica que las fuentes están en la Selva Ercinia, junto a los hiperbóreos, en Pirene, en el país de los celtas o de los escitas, en el monte Abnoba, en la tierra Hesperia, mientras otras hipótesis aluden a la bifurcación del río, a un brazo que desemboca en el Adriático y a divergentes descripciones de las bocas en el mar Negro. Si de la historia o del mito, que afirma que los Argonautas descendieron a lo largo del Danubio hasta el Adriático, pasamos a las eras prehistóricas, la identificación se tambalea y se pierde en lo gigantesco, en una fragorosa instalación de lo monstruoso en una geografía titánica: el *Urdonau* en el Oberland de Berna, con sus fuentes en el lugar de los actuales picos de la Jungfrau y del Eiger, el Danubio primordial al que afluían el Ur-Rhin, el Ur-Neckar y el Ur-Main, y que a mediados del Terciario, en el Eoceno, entre sesenta y veinte millones de años atrás, desembocaba más o menos donde hoy se encuentra Viena, en un golfo de Tetis, la madre oceánica originaria, en el mar sarmático que cubría toda la Europa sudoriental.

Poco sensible a lo arcaico y a sus prefijos indogermánicos, Amedeo olvida el Urdonau y se apunta más bien a la actual disputa entre Furtwangen y Donaueschingen, dos pueblos de la Selva Negra a treinta y cinco kilómetros de distancia. Como es sabido, las fuentes del Danubio se hallan oficialmente en Donaueschingen, cuyos habitantes garantizan su originalidad y autenticidad en el sentido legal del término. Desde los tiempos del emperador Tiberio, el pequeño manantial que brotaba de la colina era celebrado como el origen del Danubio y en Donaueschingen, además, se encuentran los dos ríos, el Breg y el Brigach, cuya confluencia constituye (según la opinión popular, confirmada por las guías turísticas, por las oficinas públicas y por los proverbios populares) el inicio del Danubio. El *incipit* del río que crea y abraza la Mitteleuropa es parte integrante de la antigua residencia principesca, junto con el castillo de los Fürstenberg, con la biblioteca de la corte en la que se encuentran los manuscritos de la *Canción de los Nibelungos* y del *Parsifal*, con la cerveza que también lleva el nombre de los príncipes del lugar y con los festivales musicales que consagraron la fama de Hindemitch.

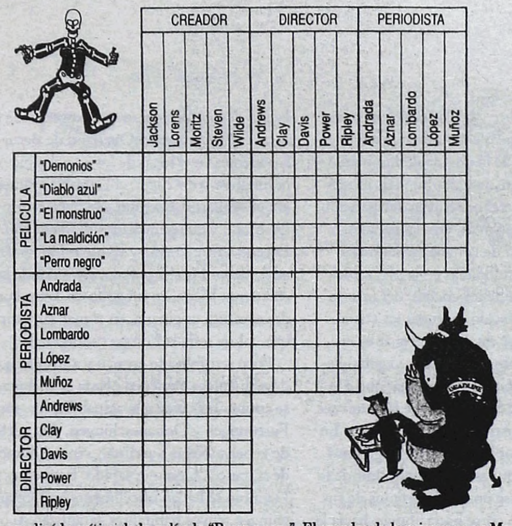
"Hier entspringt die Donau", aquí nace el Danubio, dice la placa del parque de los Fürstenberg en Donaueschingen. Pero la otra placa, que el doctor Ludwig Öhrlein ha hecho colocar en las fuentes del Breg, precisa que ésta, de todas las fuentes del río competidoras, es la más lejana al delta del mar Negro, del que dista 2888 kilómetros –48,5 más que Donaueschingen–. El doctor Öhrlein, propietario del terreno en el que brota el Breg, a pocos kilómetros de Furtwangen, ha emprendido una batalla a base de papel timbrado y certificados contra Donaueschingen. Se trata de una pequeña y tardía repercusión de la Revolución Francesa en la atrasada "miseria alemana", el burgués dedicado a las profesiones liberales y pequeño propietario que se alza contra la nobleza feudal y sus blasones. Los buenos burgueses de Furtwangen han cerrado las filas como un solo hombre en torno del doctor Öhrlein y todos recuerdan el día en que el alcalde de Furtwangen, seguido de un tropel de conciudadanos, arrojó con desprecio en la fuente de Donaueschingen una botella de aguas del Breg. ●



verano 12
JUEGOS

ENIGMA TERRORIFICO

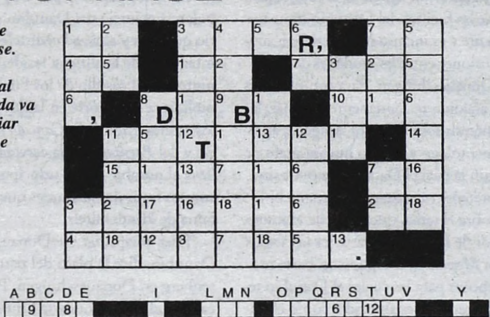
Próximas a estrenarse en nuestro país, cinco pavorosas películas de terror provocan miedo con sólo leer sus críticas. Entérese quién es el creador de cada una, quién la dirigió y qué periodista realizó la crítica sobre la misma.



1. López realizó la crítica de la película "Perro negro". El creador de la misma no es Moritz.
2. "Perro negro" puede ser el filme dirigido por Andrew o el creado por Steven.
3. Aznar realizó la crítica de la película creada por Steven y dirigida por Power. No se titula "Diablo azul".
4. Ripley dirigió el filme de Jackson. No se titula "Diablo azul" ni "El Monstruo".
5. Andrada emitió juicio sobre la película dirigida por Davis. La misma no fue creada por Lorens ni por Moritz.
6. Clay dirigió "La maldición". La crítica no la realizó Muñoz.

CRIPTOFRASE

En el esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar con las letras que intervienen

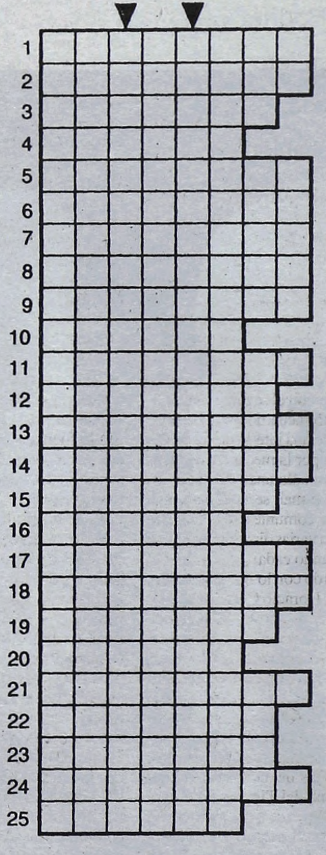


ACROSTICO

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Pez comestible.
2. Llorar con gemidos.
3. Exagerado amor a sí mismo.
4. Septentrional, del norte.
5. Miembro de una secta protestante esparcida por Inglaterra y Estados Unidos.
6. Recorrido largo a pie.
7. Someter algo a un proceso.
8. Abandonar un intento.
9. Blando, flojo.
10. Nombre de la región baja de la Mesopotamia, después llamada Babilonia.
11. Informe dado por el juez.
12. Amortiguado.
13. Que está lleno de úlceras.
14. Fijar de modo preciso.
15. Deseoso de enterarse de algo.
16. Abrigo de mujer.
17. Don de predecir.
18. Lugar donde vive alguien.
19. Entrada angosta.
20. Conjunto de gente baja.
21. Excusa, motivo simulado.
22. Liar hilo en ovillo o carrete.
23. Emprender o ejecutar algo ilícito.
24. Reconocer, aceptar las culpas.
25. Haragán.



SILABAS

a, a, a, a, al, bo, bo, ca, Cal, ce, ce, chus, ci, ci, cí, cia, cio, con, cu, cuá, de, de, de, de, do, do, do, e, fe, fe, flác, ga, go, ís, llo, lo, ma, me, mi, mo, na, nar, nen, o, pa, pa, pa, pa, po, pre, pre, pro, pro, que, que, ra, re, rio, ro, ro, ro, sar, sar, sar, sis, so, so, so, so, ta, ta, ta, tar, te, ten, tex, tir, to, ul, va, zar.

SOLUCIONES

ENIGA TERRORIFICO

"Demonios", Jackson, Ripley, Muñoz.
"Diablo azul", Wilde, Davis, Andrada.
"El monstruo", Steven, Power, Aznar.
"La maldición", Moritz, Clay, Lombardo.
"Perro negro", Lorens, Andrews, López.

CRIPTOFRASE

"El amor, como el calor, debe ser potente y vencer cualquier limitación." Lutero.

ACROSTICO

1. PALOMETA/ 2. SOLLOZAR/ 3. EGOISMO/ 4. BOREAL/ 5. CUAQUERO/ 6. CAMINATA/ 7. PROCESAR/ 8. DESISTIR/ 9. FLACCIDO/ 10. CALDEA/ 11. PONENCIA/ 12. APAGADO/ 13. ULCEROSO/ 14. PRECISAR/ 15. CURIOSO/ 16. TAPADO/ 17. PROFECIA/ 18. PARADERO/ 19. BOQUETE/ 20. CHUSMA/ 21. PRETEXTO/ 22. DEVANAR/ 23. ATENTAR/ 24. CONFESAR/ 25. OCIOSO. "Lloramos al nacer porque venimos a un escenario de dementes." Shakespeare.